

La Lucha Y La Victoria De La Fe Cristiana

Martín Lutero

Sermón para el 4º Domingo después de Epifanía.

Fecha: 30 de enero de 1530.

Texto: Mateo 8:23-26. *Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía. Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza.*

Introducción: La tempestad en el mar pone a prueba la fe de los discípulos.

En este Evangelio oímos cómo los queridos discípulos pasan por momentos de gran temor y angustia por seguir a su Señor cuando éste entra en una barca y se hace a la mar. Tenemos aquí un ejemplo particularmente claro para la doctrina de la fe tal como nosotros la enseñamos. Esta enseñanza va dirigida sólo a las almas piadosas, no a los impíos; porque "no es de todos la fe" (2ª Tesalonicenses 3:2), y pocos son los que saben algo de ella. Vemos, pues, que los discípulos son sorprendidos por una fuerte tempestad; este acontecimiento pone a prueba su fe, para que se vea cuan fuerte es, o cuan débil es. Eso sí: ¡antes de entrar en la barca eran capaces de trasladar montes! Su corazón, su cuerpo entero estaba lleno de fe. De igual manera, todo el mundo está lleno de fe y lleno de confianza, por eso la gente también es tan terca y tan atrevida. Pero cuando empieza a levantarse el viento, y cuando las olas comienzan a cubrir la barca, se ve que esa fe tan fuerte no era más que una engañosa ilusión.

Y ¿qué dice el Señor a sus discípulos en estas circunstancias? No les dice que no tienen ninguna fe, sino que tienen una fe débil. Pues si su fe hubiera sido fuerte, no se habría inmutado ante las olas que cubrían la barca ni ante la tempestad que rugía: no habría visto más que vida, felicidad y bonanza. Una fe fuerte habría pensado: "Aun cuando la barca se fuese a perder en el fondo del mar, sin embargo se encuentra en ella Aquel que puede hacer de las aguas una bóveda, de modo que no habrán de aplastarnos. ¿Acaso no hizo de las aguas un muro cuando condujo a los israelitas a través del Mar Rojo? Poco tiempo le llevará preparar los ladrillos y agregar la cal para fabricarnos de las aguas del mar un muro protector." Repito: si hubiesen tenido una fe fuerte, tales habrían sido sus pensamientos. Pero su fe era débil, porque claman: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" En su corazón no queda más que una pequeña centella de fe, una centellita que vive en su corazón y reconoce en Cristo a su Salvador. Pero contra esta centellita se levantan el viento y las olas, la muerte y la tempestad. Y como ves, esa centellita en el corazón tiene que hacer frente a la inmensidad del mar. Por cierto, los vientos y las olas bien pronto apagan el montoncito

de brasas. Si el Señor no se hubiese levantado y no hubiese fortalecido esa pobre y débil fe, los discípulos habrían estado perdidos.

1. El único auxilio en la tribulación es la fe en la palabra. Esa fe puesta a prueba, se asemeja mucho a la desesperación.

De este ejemplo de la fe, los alumnos de la fe pueden aprender unas cuantas cosas. En primer lugar puedes observar lo siguiente: Cuando llega el momento en que la fe debe demostrar la fuerza que tiene, resulta ser la cosa más débil que existe. Pues entonces cunde la desesperación, y el creyente experimenta lo que experimentaron los discípulos en nuestro Evangelio: ellos tienen fe, y su fe desempeña también lo que es su obra y función específica, a saber: no desesperar, no dejar de confiar en el Señor. Pero luego cae sobre los discípulos una incapacidad tal de creer que ya no sienten en su corazón otra cosa que incredulidad y desesperación. No obstante, por fuerte que parezca ser la desesperación, la fe subsiste, aunque se asemeja más bien a la incredulidad. A esto llamamos pues la "fuerza" y el "poder" de la fe: cuando es tan pequeña, y sin embargo da tan grandes resultados. Así ocurre también en las tentaciones y tribulaciones nuestras, cuando nos acosan el diablo y la muerte, y por cierto también el turco con sus fuerzas aterradoras. Todos ellos se levantan cual verdaderos gigantes contra la débil centella de la fe que vive en nuestro corazón. Y no obstante, esa fe pequeña y débil, que es más bien incredulidad y desesperación, adquirirá una fuerza tal que derribará a aquel gigante. Así es como la fe alcanza la victoria, según lo demuestra el ejemplo de los discípulos de Cristo: ni bien vino el Señor y dio su orden a los vientos, la tempestad estaba vencida.

También la fe pequeña obtiene la victoria, si se ase de la palabra.

¿Qué factor es el que confiere a la fe tal fuerza, siendo que esa fe débil se parece más a incredulidad y desesperación? No hay otro factor que éste: que la fe, con todo lo débil que es, se ase del Señor y de su palabra. Los discípulos no empuñan los remos, no se ponen a achicar el agua que entró en la barca, ni hacen otro esfuerzo alguno; saber, que todo sería en vano. No; simplemente se agarran de esta palabra que es expresión del poder divino, y exclaman: "¡Señor, ayúdanos!" Y aunque le llaman por este nombre, en el momento todavía no ven que él es el Ayudador, sino que solamente han oído que lo es. Creen, por lo tanto, conforme a lo que han oído. ¡Y éste es nuestro triunfo! De otra manera, no tendríamos la más remota posibilidad de vencer a Satanás, ni aun tratándose del pecado más leve. Pero por cuanto la fe se aferra a la palabra que ha oído —aunque fuese una fe pequeñísima, una centella nada más— el viento tiene que cesar, y el mar tiene que entrar en calma.

Lo mismo sucede cuando nos aprieta nuestro pecado: viene entonces Satanás y convierte el más pequeño desliz en una transgresión tremenda. Es capaz de infundirle a uno tanto miedo, de cargarle tanto la conciencia, de pintarle con colores tan horribles el infierno y el juicio, que uno cree tener que caer en desesperación. Y es imposible que el cristiano pueda hacer frente siquiera al pecado más pequeño. Lo sabemos por propia experiencia: antes, cuando al celebrar misa levantábamos el cáliz a la boca, y de pronto nos atragantábamos con una gota de vino, ¡qué pecado enorme que era esto! Si llevábamos el cáliz a los labios, y en esto incurriamos en una falta de esa naturaleza, tan insignificante que no debiera haber pesado más que una partícula de polvo — ¡sin embargo, con cosas así, Satanás le puede abrir a uno el infierno y cerrarle el cielo! Así lo

hace también con otras faltas que en sí son nimiedades. Y nadie puede resistir con sus propias fuerzas a estas maquinaciones satánicas. Pero aunque la fe tiembla y se agita, se atiene no obstante a la palabra de Cristo de que él es nuestro Auxiliador. Una vez que la fe logró asirse de la palabra, el pecado tiene que darse por vencido, por virtud de la palabra. Es verdad, Satanás zarandea nuestra fe y la quiere meter dentro de un tonel para sacudirla. Pero si la fe se toma fuertemente de la palabra, pronto cesan las sacudidas, porque viene Cristo y reprende a los vientos y al mar. Esta historia aplícala tranquilamente a todas las tentaciones y tribulaciones donde tu fe se ve expuesta a duras pruebas. Si nuestra conciencia nos dice: "Todo está perdido", el efecto será el mismo que si los discípulos aquellos hubiesen dicho unos a otros: "¿Para qué clamaremos al Señor? Aquí ya no hay nada que hacer." En este caso, seguramente se habrían ahogado todos, y no habría quedado más que Cristo solo; pues entonces, la desesperación de los discípulos se habría hecho completa, y ya no les habría quedado una centellita de fe, porque habrían dejado de aferrarse a la palabra. Por lo tanto: por más débiles que seamos, lo importante es que nos atengamos a la palabra; entonces ninguna tentación será tan fuerte que no la podamos vencer. Y a la inversa: si nos apartamos de la palabra y perdemos este arte que dominaban los discípulos, ningún pecado es tan fútil que no pueda hacernos caer, como dije hace unos momentos al hablar de un pecado que en realidad era una cosa de nada. ¿Qué será cuando vengan aquellos pecados realmente grandes, cuando la conciencia le acuse a uno: "Tú odias a Dios"? Mas cuando uno se prende firmemente de la palabra y cree en el poder y la voluntad de Cristo de ayudarlo y se atiene a él, entonces verá: sean los pecados de una enormidad tal que llenan el orbe, no obstante tendrán que desaparecer, y el mar tendrá que volver a la calma. Ésta es nuestra victoria, ahí brilla en todo su esplendor "la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efesios 6:17). ¡Cuántos hay que temen que el papa fulmine una excomunión contra ellos! Pero ahí está la palabra de Dios, el evangelio prometido, en que Dios mismo te asegura que te ayudará. Si has agarrado la palabra, tienes en tu mano una espada con que puedes repeler el pecado y la muerte, a Satanás y todos los males.

Sólo en la lucha, la fe revela lo que en verdad es.

Esto es el primer aspecto de la fe; y el que quiera crecer en ella, tómelo bien en cuenta, para que aprenda a fondo ese difícil arte. Es de notar que la fe tiene dos horas o tiempos distintos. Primero: un tiempo de paz; ahí le va bien, triunfa, domina la situación, no teme a nadie, y disfruta ese envidiable estado de cosas una vez que ha obtenido la victoria y los enemigos han desaparecido. En cambio, en el tiempo de guerra, la fe se parece a la incredulidad y a la desesperación; de modo que en el tiempo de guerra tienes que tomar conciencia de que en tales circunstancias no tienes esa fe que tenías antes, en tiempos de paz. "Ya no puedo creer", dices entonces. No digas así; antes bien, di: Creo, pero débilmente; por el momento estoy en la segunda hora de la fe". Mientras estés en la primera hora, donde reina la seguridad, dale las gracias a Dios que te la concedió, y aprovéchala bien. En la segunda hora empero di: "Es verdad, siento que mi fe se parece mucho a la incredulidad; más aún, se comporta como si estuviese a punto de caer en desesperación. Pero en realidad, ahora está justamente desempeñando su función específica, que es la de arremeter y luchar contra la muerte, el pecado, la pobreza, contra Satanás y todos los infortunios". Si uno está en la guerra, no sabe de alegrías. Bailar es una cosa, y hacer la guerra, otra. Allá donde reina la paz, no hay señales de tristeza; pero acá, en la guerra, sucede lo contrario: ahí ruge la tempestad y se agita el corazón, y no obstante, no hay motivo para darse por perdido. Nadie desespere, por consiguiente, al sentir que su fe es tan exigua; piense que está en la

guerra, y que Satanás y el pecado no le mezquinarán golpes. ¡Tenga los ojos puestos en la palabra, y no permita que nadie se la arrebate! Si persevera en la palabra, la desesperación y la incredulidad y la tempestad tendrán que abandonar el campo de batalla. Ésta es la segunda hora, la hora del duro batallar, la hora en que la fe tiene que entrar plenamente en acción, pues tiene que luchar con la muerte, con el pecado, con el infierno, y tiene que sentir el terrible peso de todos ellos. ¿Qué habría ocurrido si los discípulos en su barca no hubiesen visto ni sentido ninguna tempestad? Su fe no habría luchado, ni tampoco habría vencido. Mas donde se pierde la palabra, sucumbe también la fe. Por el contrario: si la fe, por más débil que sea, se aferra a la palabra, ni la desesperación ni el desaliento ni la incredulidad podrán dañarnos.

La palabra de Dios es el arma de la fe.

Esto lo digo para que honréis y estiméis la palabra exterior como es debido. Vosotros conocéis muy bien aquel arma filosa que llamamos "espada del Espíritu", y el diablo la teme como ninguna otra cosa. Pues innumerables veces fue herido por ella. Donde la ve, prefiere no acercarse. Por esto, su constante afán es arrebataros la palabra. Si le quitas al enemigo la espada, fácil es luchar contra él. Si el diablo nos quita la palabra, no somos capaces de vencer ni el más mínimo de los pecados. Esto es el motivo por qué hace surgir facciones en la iglesia del papa; a nosotros mismos empero nos hace negligentes, perezosos y desagradecidos, hace que dejemos de leer y oír la palabra con asiduidad, a fin de que al menos logre desviarnos en lo posible de ella. Mas si la oímos de buena gana si la grabamos en nuestro corazón y hacemos frecuente uso de esta espada, estamos bien protegidos. Si entonces Satanás nos ataca, es suficiente que vea la palabra divina a que recurrimos, y ya emprenderá la retirada. Pues ésta es la única manera como podemos obtener la victoria sobre Satanás: salirle al encuentro con la espada del Espíritu. Esto es imprescindible que lo aprendas. Pues has de saber que nuestro poder y nuestro valor estriban no en nuestras obras, sino en la fe — siempre por supuesto, que conectes tu fe a la palabra que es nuestra santidad y nuestra victoria.

2. La fuerza de la fe radica en Cristo, no en los cristianos. La fe en la palabra, no en el propio sentir, hace que seamos cristianos.

Por eso son unos insensatos los que en nuestros días hacen a los cristianos objeto de su crítica diciendo: "Antes, cuando estábamos todavía bajo el papa, vivíamos seguros y tranquilos. Cuando íbamos a misa o participábamos en una procesión, todo era paz; pero ahora todo es rebelión". ¿De esta manera los tontos aquellos se atreven a descubrir dónde están los cristianos? ¡Como si esto fuera algo que se puede juzgar con ojos terrenales! Ni que te pongas todos los "anteojos del mundo lo verás. Por ahí llaman "cristiano" a uno que va vestido de un hábito gris como los monjes; y posiblemente creas que este tipo de cristianismo sería digno de que te esfuerces por emularlo. Así miden a los cristianos según sus obras y méritos y su coraje. Pero en realidad, el asunto es como aquí en esta barca; dime: ¿dónde ves allí a los cristianos? ¡Todos se llaman discípulos de Cristo, y en efecto lo son; sin embargo, ninguno es capaz de creer! Se necesitan, por lo tanto, otros ojos que los del mundo y todos sus sabios, para poder reconocer a un cristiano como tal. Confesamos: "Creo en la santa iglesia cristiana". Mas lo que se cree, no se ve, dice el apóstol Pablo. En aquella barca, lo que menos parece haber es confianza, y el cristiano

tiene todo el aspecto de un incrédulo; ¿o no ves cómo se desesperan los discípulos? Un cristiano no se da cuenta de que es cristiano. Por lo tanto, no te juzgues a ti mismo por lo que sientes o por lo que tu corazón te dice acerca de ti. Antes bien, reconóctete como cristiano por haber aceptado la palabra que Dios pronunció. Cristiano eres si oyes con agrado la palabra de Dios y te atienes a ella en la hora de la lucha y del peligro. Tales "cristianos" son aquellos discípulos en la barca: están desanimados, no descubres en ellos nada de arrojo cristiano, sino todo lo contrario si los juzgas por la manera como se comportan. Si a pesar de esto se llaman cristianos, es porque claman: "¡Señor, ayúdanos!" Por eso son cristianos. En esto reside su santidad, su vida, su fortaleza. Todo esto el Señor lo concentró en su propia persona; no debe ser algo inherente en nosotros. Por consiguiente, es una grandísima tontería querer medir al cristiano por lo que aparenta ser por fuera. Es muy loable que observes un buen comportamiento. Sin embargo, dar a las personas una esmerada educación exterior es tarea de los padres y de las autoridades civiles. Pero por esa educación no se es cristiano; se es cristiano por asirse de la palabra. Y ese asirse de la palabra se hace sola y exclusivamente por medio de la fe. Por lo tanto, aunque los cristianos se vean perseguidos por dudas y temores, aunque tengan de sí mismos la impresión de ser incrédulos —no obstante, si se halla en ellos la disposición de prenderse de la palabra y no soltarla, no hay duda alguna de que son cristianos, y cristianos tanto mejores cuanto más se parecen al más desesperado de los mortales. Pues en esta su desesperación se aferran a la palabra por medio y a causa de su propia debilidad. Por esto dice también San Pablo: "De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo" (2ª Corintios 12:9). Pues este poder de Cristo se manifiesta en nuestra debilidad.

La fortaleza del cristiano está escondida tras su debilidad.

Por consiguiente: la santidad de los cristianos está fundada no en ellos mismos, sino en algo fuera de ellos: en la palabra; nadie, por ende, puede ver que uno es cristiano a menos que él mismo lo sea. Ciertamente, no hay hombre en la tierra que pueda ver si una persona se aferra a la palabra. Podrá ver que estoy sacudido por mil temores, o que estoy lleno de alegría; pero mi agitación no le dice nada en cuanto a mi adhesión o no adhesión a la palabra. El ser un cristiano es, pues, algo invisible y oculto; lo pueden discernir sólo aquellos que tienen fe. Digo esto para que no caigáis en desesperación al notar que entre los cristianos se halla tanta debilidad. El ideal que quisieran ver realizado precisamente los mejores de entre los hombres es que la cristiandad viva en un estado de perfección tal que ya no se pueda descubrir en ella ningún vestigio de maldad. No; un hombre como tú te lo imaginas, no existe; no puede existir mientras pese sobre él Satanás, su propia carne y el mundo. Claro: poco te cuesta querer medir a la gente según lo que tú mismo haces y eres, si tú no tienes que padecer las tribulaciones y tentaciones que padecen otros. Así que: en lugar de mirar a los demás, trate cada cual de aprender personalmente el arte y oficio de la fe, para que sepa: aun cuando esté a punto de desesperar, la fe todavía no ha desaparecido del todo. Antes bien, aférrese entonces a la palabra de que Cristo es el Ayudador. La exclamación: "¡Perecemos!", esa palabra de la desesperación, no la podremos erradicar; pero tampoco estará ausente la palabra de la fe: "¡Ayudador, ayúdanos!" Así, con la primera palabra que dice, el cristiano habla como un incrédulo acobardado; pero también dice la segunda palabra: "¡Señor, ayúdame!" La dirá en gran debilidad, es cierto; pero tanto más fuertemente se adherirá a la promesa de ayuda. Así, pues, la palabra de Dios puede más que el diablo, el cual es el culpable de que el hombre caiga en desesperación. Lo que a juicio del mundo es lo más fuerte, tiene que

irse al fondo, y lo que es más débil, tiene que ir arriba del todo. Ésta es una predicación para cristianos.

3. La fe necesariamente está expuesta a conflictos. Donde está Cristo y su evangelio, aparecen disturbios.

El segundo factor que debe llamar nuestra seria atención es el hecho de que la tempestad se levanta en el momento preciso en que Cristo y sus discípulos se hacen a la mar. Antes reinaba la calma. Quiere decir entonces que cuando Cristo entra en el mar, éste se embravece. Nuestros sabidillos afirman: "Desde que comenzó vuestra predicación del evangelio, comenzaron también los disturbios. Si pudiéramos restablecer el orden anterior, con mucho gusto lo haríamos". ¡De modo que el evangelio tiene la culpa de que los hombres sean malos y de que haya tantos que se apartan de la palabra y confían en iluminaciones interiores! Nada mejor que la historia de la tempestad en el mar para desvirtuar tales infundios. Es verdad: antes, todo el mundo vivía tranquilo; pero cuando viene Cristo, comienza la tempestad. Luego: si nosotros nos retractáramos, todo el mundo volvería a vivir tranquilo. Pero el asunto es muy distinto: Cuando el evangelio penetra en el mundo, Satanás se opone a que sea oído, e instiga al papa y a todos los príncipes a combatirlo. ¿De quién es la culpa? Del evangelio, dicen. ¡Que el diablo te rompa la cabeza! Es justamente al revés: si aceptasen el evangelio, y nadie se le opusiese, seguiría reinando la paz. El evangelio no hace violencia a los hijos buenos, sólo censura a los malos. No esgrime la aspada, sino que deja todas las cosas en la tierra en su lugar. Su ataque se dirige exclusivamente contra el Satanás que habita en tu corazón: y su deseo es instruirte en la verdad. Por consiguiente, la culpa de que estallen conflictos es tuya, y sin embargo se la achacan al evangelio. Quieras o no, tienes que admitir que el evangelio no te hace ningún daño. Con el mismo derecho podría decir también un ladrón: "¿Por eme me llevan a la horca? Si no fuera por el verdugo, yo podría seguir viviendo lo más tranquilo". Ah sí amigo mío: si se te permitiera robar y cometer otras fechorías, y luego se prohibiera al juez y al verdugo atraparte, esto sí que te gustaría. "Si éstos no me hubiesen atrapado", dices, "yo no estaría ahora en la horca; así que la culpa la tienen ellos." No; la culpa la tienes tú cuando desobedeces a los padres y a las autoridades. Igualmente, cuando al evangelio censura tu incredulidad y quiere purificar tu corazón, y tú no quieres aceptar la censura y la purificación, la culpa es tuya. En contra de tales bocas blasfemadoras que atribuyen al evangelio la culpa por lo que está sucediendo, Cristo dice por lo tanto una palabra que debes tomar muy a pechos. Ellos gritan: "El mar está en calma hasta que viene Cristo". Él en cambio declara: "No he venido para traer paz, sino espada y fuego". Cualquier bellaco quisiera que se pasen por alto sus acciones vituperables; pero entonces uno devoraría al otro. No es por lo tanto culpa de Cristo si se levanta el viento; al contrario: Cristo duerme, así que la furia del viento no se le debe atribuir a él; él ni siquiera mueve un dedo. El que levanta la tempestad es Satanás, enemigo de la barca y enemigo del que navega en ella.

El tumulto de la batalla, va por cuenta, del mundo, no de Cristo.

Podría objetarse además: "Y bien, ¿quién mandó a los discípulos a entrar en la barca?" Me dicen que hay marineros que no permiten a ninguno de los que van a bordo llevar consigo una reliquia o el Evangelio de San Juan; se lo quitan y lo tiran al mar. No quieren saber nada de objetos sagrados, porque temen que les puedan traer mala suerte. ¿Era esto lo que debían hacer en

aquel momento los discípulos: al levantarse la tempestad, echarle la culpa al único justo que iba a bordo, y arrojarle a las aguas, como hicieron en su tiempo con Jonás? Por lo tanto: que el mar esté tan enfurecido, no es culpa de Cristo ni de los discípulos; es tu odio y tu envidia los que causan tal fragor, por cuanto no quieres tolerar el evangelio y lo persigues. ¡Y a pesar de todo, le das la culpa a Cristo y a sus discípulos en vez de dársela a Satanás que te mueve a actuar como lo estás haciendo! Igualmente se dice hoy en día: "¡Cuánta desgracia causó el evangelio! Si no lo hubiesen predicado, todavía estaríamos viviendo en paz." ¡De ninguna manera! La culpa es de Satanás y tuya, no del evangelio. El evangelio de por sí es un mensaje de paz, que nos enseña todo lo bueno. Así podrías decir también a tu prójimo, cuando al robarle sus bienes eres sorprendido por él: "¿Por qué no te vas a dormir en vez de molestarme, y me dejas robarte en paz?" ¡Linda paz sería ésta! Apréndelo bien: es culpa de ellos mismos lo que los impíos le echan en cara al evangelio. ¿Te callas tú cuando viene un ladrón y violenta la cerradura del cajón de tu mesa y de tu cofre, y cuando te hace frente y te increpa porque sin culpa suya le estás armando un escándalo? El mar está en calma hasta que viene Cristo. Pero si se presenta la tempestad, con toda seguridad se presentará también Cristo sobre el mar. Y si él se presenta, la consecuencia infalible es que los vientos y el mar le obedecen, aunque te vuelvas loco con tu boca blasfema. El evangelio perdurará y vencerá al viento y a la tempestad.

Conclusión y resumen.

De este modo has oído en primer lugar que no debes juzgar tu fe por lo que sientes dentro de ti, sino que debes asirte de la palabra. En segundo lugar, que nadie debe escandalizarse cuando la situación se torna turbulenta, como si esto pudiera evitarse ante la realidad del Cristo presente. La culpa no la tiene Cristo, sino el mundo; cuando el evangelio y Cristo entran en contacto con el mundo, el mar se embravece. Por otra parte, cuando Cristo se hace presente, y con él la tempestad, nosotros perdemos el ánimo, y no obtendremos la victoria a menos que nos aferremos a la palabra e invoquemos a Cristo como Señor y Ayudador.